Entonces empezaron las grandes *hornadas*, entonces tuvo principio el terror dentro del terror.

Ahora bien, uno de los cuatro sustitutos de Fouquier Tiuville, fue el ciudadano Gilberto Liendon.

Por este motivo es, por lo que el discurso del presidente del tribunal criminal de Chartres en el Proceso de Orgéres, es un documento de gran valor, porque nos pone en el caso de apreciar la marcha de las ideas en Francia, desde el mes de abril de 1794.

Supongamos ahora que despues del elocuente discurso del presidente se hubiese levantado un *ciudadano acusado* y que le hubiese dirigido la palabra al ciudadano Gilberto Liendon, en estos términos:

Ciudadano presidente:

«Las formas solemnes que ha tomado en vuestra boca, la justicia magestuosamente sentada en el santuario de la ley, ese imponente aparato, esas funciones augustas, nada de todo esto nos tranquiliza completamente.

»La *ventaja* de estar en presencia de nuestros jueces, no nos pareceria una garantía suficiente de su imparcialidad, á no ser que pudiésemos olvidar por un instante quién son estos jueces, y cuánto el tiempo que hace que tienen en tanto aprecio, que hacen tanto caso de las formas esternas de la justicia.

»Y por otra parte, y todo bien considerado, ¿de qué somos culpables? Ciudadanos indigentes y patriotas, ¿no hemos sido abandonados, sin recursos, por la patria, que nos debia la subsistencia, y no es ella la que nos ha arrojado en brazos del crímen despues de habernos mantenido en una ociosidad, preconizada como virtud? ¿Dónde están los cuarenta sueldos diarios que podia ganar en vuestro tiempo un ciudadano libre, yendo á caza de sospechosos? ¿Qué habeis hecho del *maximum* que nos mantenia? ¿En qué panadería de la República nos distribuirán el pan que no nos faltaba nunca en los buenos dias? Desde que la contra-revolucion levantó la cabeza, habeis cambiado estraordinariamente de lenguaje, ciudadano presidente. ¡Esos granjeros acaparadores á quienes nosotros hemos degollado, esos mercaderes que especulaban con la miseria pública, y que nosotros hemos puesto *fuera de la ley*, vos hubiérais sido el primero que en otros tiempos los hubiéseis enviado á la *santa guillotina*, y hoy nos acusais porque hemos purgado el suelo de la patria.»

Es de creer que estos inoportunos recuerdos hubieran sido muy mal acogidos por el presidente del tirbunal del crímen de Chartres, y sin embargo, al cerrarse los debates el discurso del presidente Liendon dejó adivinar, bajo el intrincado laberinto de períodos ampulosos, cierto no sé qué de aquellos recuerdos tan pesados y de aquellos escrúpulos íntimos.

«Dejemós á la historia, dijo, si este cuidado no desdice de ella (en efecto, no es á los innobles azotes de las naciones, sino á los que las violan con cierta grandeza á los que sus fastos se encargan de bosquejar), dejemos á la historia, repito, el estudiar, si quiere, en su orígen y el seguir en sus acrecentamientos esa reunion implacable de enemigos del órden social; que forme, si la place, la horrible cronología de tantas maldades. Que la escena tambien, aunque no sea este su objeto (porque únicamente los vicios, las desgracias y los ridículos de las sociedades, y si se quiere los crímenes ilustres de los que fueron los bienhechores ó los tiranos de ellas son los que deberian tener cabida en ella) usurpe á su antojo la parodia de tantas bajezas... En cuanto á nosotros, con la antorcha de la verdad en la mano, penetremos en ese laberinto del crímen, sino para descubrir en él á los que en tiempos remotos abrieron sus sendas, al menos para reconocer á los que en el nuestro les ha indicado la maldad sus revueltas. No es una curiosidad estéril la que se trata de satisfacer aquí, lo que se necesita es iluminar nuestras conciencias: á este fin deben tender y dirigirse nuestras investigaciones.

En este caso, sea cual fuere el orígen de tantas ramas infestadas ¿no habria motivo de creer que la carestía del pan, mas terrible aun en la capital y en los departamentos inmediatos á ella, hubiera hecho afluir á las llanuras de nuestro Beauce un gran número de individuos para quienes la falta ó quizá el odio al trabajo haria aun mas penosa la privacion de aquel primer recurso de la vida?

¡Aparentemente tambien, debian estar manchadas de tantos crímenes esas campiñas fértiles que felizmente han sustituido á las selvas, en cuya sombría oscuridad, en los altares de sus dioses, hacian correr los Druidas la sangre de nuestros infelices antepasados!

Si no obstante esto fuese asi, ciudadanos jurados, este aumento de males particulares que para un número demasiado considerable de nuestros conciudadanos agravó en nuestro departamento la masa ya tan pesada de los males públicos, ¿repugnareis achacarlo, al menos en parte, á esos tiempos deplorables, cuyos yerros no podran expiar nuestros sentimientos, ni paliar las desgracias que en ellos acaecieron?

Si el lector quiere asistir al espectáculo instructivo de una conversion completa, nosotros le mostraremos aun en una cita corta al discípulo amado de Robespierre y de Fouquier Tinville, mostrando á grandes rasgos la época de anarquía moral en que él inauguró tan infelizmente su carrera judiciaria, y proclamando los principios por tan largo tiempo desconocidos, sobre los cuales está basada toda sociedad humana.

«Remachad, les diria yo á los que atañe instruir á las generaciones y asegurar su dicha, remachad, en el trono de la misma divinidad el primer eslabon de esta cadena de deberes, á que quereis sujetar al pueblo. Enseñadle á enlazarlos con aquel principio misterioso, á honrarlos en sus semejantes, y á amarlos por el mismo principio. *En seguida, habladles de libertad.*

»Haced mas, sabed proporcionarle sus preciosas ventajas; pero alejad de él las ocasiones y los medios de abusar de ella. Habladle de la igualdad; pero decidle que en el órden mismo de la naturaleza no existe ésta para los hombres sino bajo la relacion de su debilidad comun; que en el órden social bien arreglado, existe ante la ley; pero concebida ó mirada bajo otro



(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación